

CAPITULO XI.

COLOCA EL SIERVO DE DIOS Pedro en su casa la Imagen de Maria Santissima: forma Hospital: erige Escuela para doctrinar niños, y le pone el titulo de Bethlehen.

LA Imagen de la Reyna de los Angeles, de que el Parrocho avia hecho dexacion en el Venerable Pedro de San Joseph, estaba en la Iglesia de los Remedios, donde la puso el justo cuydado de este Ecclesiastico, para obviar las irreverencias, que en sitio solitario podian executarse: y para asegurarla de alguna mano, que ò con avarienta codicia, ò con devocion indiscreta la robasse. Esta diligencia fue forzosa, entre tanto que no tenia dueño tan estimable alhaja: pero luego que el Siervo de Dios la reconociò por suya, no quiso, que estuviesse mas tiempo fuera de su proprio lugar: y tratò de bolverla à su casa. Resolviòse à ir por ella, numerando esta por primera diligencia de su fundacion; pero à el executar lo, le detuvo vn raro afecto. Fuese à la Iglesia; y à el querer tomarla en sus manos, se sintiò assalrado de tan grave; y respetoso temor à la Sacratissima Imagen; que no teniendo valor para llevarla por sí proprio, mudò de dictamen, y dispuso en otro modo su conduc-

ta. Combidiò algunos Sacerdotes, y convocò gran multitud de niños: y de vnos, y otros formò acompañamiento para la Virgen Maria. Los Sacerdotes llevaban en sus manos esta mysteriosa Arca, y los niños le cantaban loores; diziendo à coros la Corona de la misma Reyna de los Cielos. Assi caminò procesionalmente este devoto, y tierno concurso desde la Parroquia de los Remedios, hasta la casa de el Venerable Pedro, donde fue colocada la Imagen: quedando desde este punto aquel alvergue pobre dedicado à el culto de la Serenissima Reyna.

Avia notado en este tiempo el Siervo de Dios, que en aquellos barrios era mucha la perdicion de la puericia en el Instituto Christiano: porque ignoraban de el todo, con los rudimentos de la Fè Catholica, los medios de la salvacion: y conociendo, que era origen de este comun, y sensible atrasso, ò la pobreza, ò lo que es mas cierto, el descuydo de sus padres; desseaba mucho el remedio de esta lastima. Ansiaba tambien, reducir à practica sus intentos, previniendo alivio à los pobres enfermos: y el mismo fervor, que le avivaba estos cuydados, le diò arbitrio, para salir de ellos. Junto à la Casita, que avia consagrado à la piadosissima Madre de los pecadores, hizo labrar otra Casilla de pajas, bien estrecha, que dedicò

pa-

para la enseñanza de los niños, y para refugio de los pobres dolientes: quedando desde este punto erigido en Oratorio, Hospital, y Escuela aquel tan feliz, quanto pobre sitio.

Era el Venerable Pedro devotissimo de el Nacimiento de Nuestro Redemptor: y en veneracion à tan dulcissimo mysterio, en cuyo amor se ardia, le puso por nombre à esta pobrissima estancia, el Hospital de Bethlehen. Diòle este titulo el incendio de su devocion: y lo estaba pidiendo à voces los ministerios, à que lo destinaba. En Bethlehen nació en la pobreza de vnas rudas pajas el infante Jesus, como Medico de las humanas dolencias, y como palabra para la enseñanza mas vtil, y de aquel pobre domicilio hizo Templo la Magestad Divina, para sus adoraciones: y era muy concerniente, que se llamasse Bethlehen el pobre pajiso espacio, que se dedicaba Templo, para las veneraciones, Enfermeria, para aliviar dolencias, y Escuela, para administrar doctrina. Bien conocian el sitio por este nombre los Ciudadanos de Goatemala; pero no pudiendo estos contener su piadosa aficion à el Dueño, le llamaban comunmente la Casita de el Hermano Pedro. Este fue el borrador, donde el Venerable Siervo de Dios tuvo apuntadas sus ideas: esta fue la ruda planta, donde conservò bosquejados sus intentos:

hasta que dispuso la Divina providencia, que se llevasse la fabrica à mas perfecta estructura.

CAPITULO XI.

APLICACION DE EL Venerable Hermano Pedro à los ministerios de su nueva Casa.

AVnque el Siervo de Dios estaba muy bien hallado en el Calvario, trasladò su vivienda à el nuevo alvergue, luego que lo tuvo dispuesto: porque assi obraba atento à las disposiciones Divinas. No olvidaron sus consideraciones, y aun sus asistencias aquel sagrado suelo: porque la mutacion de el sitio no le hizo mudar de vida. Desde Bethlehen à el Calvario se dilata el camino de la perfeccion, donde no se atrassaba, el que no se extravía: y por esso en esta translacion no tuvo menoscabo el espiritu de Pedro; si muchos aumentos: porque nunca saliò de esta Real senda. Estando, pues, en su casa, se hizo cargo, de que en ella tenia vn Oratorio, vna Escuela, y vn Hospital: y se empeñò de fuerte en llevar los ministerios de estos asuntos, que parecia, ò que era vno solo el empleo, ò que eran muchos, los que los servian. En el Oratorio hizo, que la Reyna de los Angeles estuviesse con el mayor obsequio venerada: para

cu-

cuyo efecto adornaba aquel devoto ambito, como sabe hazerlo la industria de la pobreza. Allí se admiraban el asseo, cubierto de pajas sin embarazo, los perfumes en perenne exhalacion, y la abundancia de flores, siempre vivas; porque nunca le faltaban: siendo aquel suelo en todo tiempo Primavera. A todos instaba su zelo, para que fuesen à ver aquel precioso tesoro, que se avia hallado; quando los hombres le tenian mas oculto en el dilatado campo de su olvido. Hizo, que allí se diessen à Dios, y à su Madre repetidas alabanzas: à cuyo virtuoso empleo era mucho el concurso, que venia, atraido de sus eficazes persuaciones, y de el fragante olor de sus buenos exemplos. Tal fue la commocion, que influyò este bendito hombre en los corazones; que en breves dias se hizo la estancia Seminario de virtudes, y hechizo de la devocion.

Los ministerios de la Escuela no corrian todos por su mano; pero todos estaban à su cuidado. Para enseñar à los niños à leer, y escribir, buscò vn Maestro, à quien pagaba sus tareas con las limosnas, que solicitaba; pero el enseñarles la Doctrina Christiana, y buenas costumbres, lo executò por sí mismo. Tenia vna campanilla, con cuyo sonido proferia en alta voz estas palabras: *Santo Dios, Santo fuerte, Santo immortal, ayed misericordia de nosotros:* y esta

era la seña, para que los niños se juntassen à enseñarles la Doctrina Catholica. No se limitaba su zelo à enseñar à los muchachos; sino tambien à aquellos hombres, cuya rusticidad les detenia en la ignorancia de su mas precisa obligacion. Dilatabase tambien su cuidado à enseñar niñas: pero, porque estas no concurrissen con varones, cuya mezcla es en todas edades peligrosa, les señalaba horas distintas: de modo, que las niñas eran doctrinadas por la mañana, y por la tarde los niños.

Para que à el conocimiento, que iban adquiriendo de los Mysterios de la Fè, no le faltasse el alma de las obras, los empleaba en santas operaciones. Llevabalos à su Oratorio, y allí rezaba con los muchachos todos los quinze Mysterios de el Santissimo Rosario. Los dias muy festivos servia esto de Oficio Divino: y despues, en lugar de Sermon les dezia el Venerable Pedro vn Exemplo, con que se concluia la Fiesta. Todos los Viernes de el año los ordenaba en Procecion: y en esta forma iba con ellos desde Bethlehen a el Calvario, donde hazia, que oyessen la Missa, que ya èl les tenia prevenida. Para tenerlos prompts, assi en los ejercicios espirituales, como en las asistencias à la Escuela, y en oír la enseñanza de la Doctrina Christiana, les prevenia el mas poderoso atractivo de la infancia: buscandoles dul-

dulces, y frutas para su regalo: con que endulzandoles el gusto, ordenaba sin violencia à sus santos fines el desvario, de las pueriles inclinaciones. A este mismo fin les disponia entretenimientos decentes, y proporcionados à la edad, para que recreassen el animo: y con este poderoso encanto no sabian apartarse los muchachos de las disposiciones de el Venerable Pedro. Notaba el Siervo de Dios, que el desvalimiento, y necesidad de sus padres tenia muchos de los niños, y las niñas en vna lastimosa desnudez: y no pudiendo ver à la inocencia con el trage de la culpa, se aplicaba tambien à su remedio. En las casas abundantes pedia para este efecto vestidos viejos, y desechados: y los repartia con ellos à medida de la necesidad. Muchas vezes se humanaba à coserlos, y remendarlos: de modo, que quando en su alino no tuvissen gala; tenian abrigo, y decencia. Los mismos niños, en cuya inocencia, aun no tenia lugar la codicia de quererlo todo para sí, divulgaban estos beneficios, diziendolos à los otros de su misma edad, y condicion: por cuya causa eran innumerables los que de todos los Barrios de la Ciudad venian, à lograr en Pedro los cuidadosos desvelos de padre, las tiernas caricias de madre, y las Catholicas advertencias de Maestro.

Bien logrados empezaba à ver

el Siervo de Dios sus intentos en su Oratorio, y en su Escuela; pero aun notaba sin empleo la Enfermeria, porque nadie la ocupaba. Siendo este el principal assumpto de su caritativo zelo, le era muy sensible esta falta, porque la fogosa llama de la caridad, quando dexa de obrar, se consume. No quiso el Cielo dilatarle mucho tiempo el logro de sus deseos: y le ofreciò ocasion, en que tuvissen peregrinos estrenos sus ansias. Dieronle noticia de vna Negra vieja, à quien sobraba, estar tullida, y llena de calamidades, para ser digna ocupacion de la piedad mas fervorosa. Saliò en busca suya; y aviendola encontrado en vna calle, caída en tierra con el peso de sus achaques, le ofreciò su asistencia en su Enfermeria. Admitiò el partido la pobre Negra: y el Siervo de Dios, no queriendo dilatarle el alivio, ni perder tan buena ocasion, diò practicado aquel amor al proximo, que como el mas perfecto, propone por exemplar el Evangelio. Cargò sobre sus espaldas aquella negra desdicha: y llevandola gustoso à la Casilla de paja, la sirviò oficioso todos los dias, que vivió, aunque no fueron muchos. Como era vno solo, el quarto, que servia para Hospital, y para la enseñanza de los niños, tenia todos los dias vna pensión rara; para que no se implicassen los ministerios. Luego que amanecia,

necia, levantaba su Negra, y la acomodaba asiento en vn lado de la Casa, para dar lugar à el exercicio de los muchachos: y de noche le disponia la cama, para que descansasse, con los mismos bancos de la Escuela. Estas fueron las primicias de los fervores de el Siervo de Dios en su Hospital de Bethlehen: y esta fue la vnica muger, que se asistiò en sus Enfermerias: porque despues, rezelando peligros, no quiso admitir sino hombres.

CAPITVLO XII.

FVNDADA EL SIERVO DE DIOS Pedro de San Joseph el Hospital de Convalecientes por medios prodigiosos, y agreganle algunos compañeros.

Algunos dias continuò el Venerable Pedro sus santas tareas en el pobrísimo Alvergue de su Casita; pero viendo, que aquella desdicha era limitado estrecho à el mar grande de sus fervorosos deseos, y que en aquellas estancias no estaba bien dibujada la copia de el exemplar, que avia formado en su idea, se resolviò à poner en planta el lleno de sus intentos, y formar con toda perfeccion la imaginada fabrica. Para proceder ordenadamente en esta empresa, confirió el assumpto con el Presidente de la Real Audiencia, y con el Obispo de Goa-

temala Don Payo de Rivera: de quienes obtuvo facilmente todas las facultades, y licencias, que para este efecto podian darle. No se le ocultò la precision, que tenia, de Real licencia, para poner con firmeza los cimientos de su obra: y así la solicitò cuydadofo en el gran Consejo de Indias. Con las voces, que hasta la Corte avian llegado, publicando la exemplar vida de el Siervo de Dios, no tuvo embarazo la expedicion de este negocio en el Consejo; pero se retardò tanto en el camino, que no pudo llegar à sus manos. Ocho dias despues de su muerte llegaron los Reales despachos, que à el mismo tiempo eran licencias para la fundacion de el Hospital de Bethlehen, y manifiestas expresiones de la Real estimacion à la persona de el Venerable Pretendiente. No quiso la providencia Divina, que esperasse las licencias para materiales obras, el que ya tenia perfectamente concludida la fabrica hermosa de su espiritual edificio.

Presagioso, ò experimentado temia el Siervo de Dios estas dilaciones; pero las fogosidades de su celestial espíritu no entendian de estas perezosas pausas: por cuya razon, entre tanto que se ganaban los despachos, diò principio à la obra. El caudal, que tenia el Venerable Pedro, para los gastos en el assumpto, que emprendia, era la misma pobreza: pero tambien

te-

onia los tesoros de su gran confianza en las providencias Divinas. Viendo el Obispo las maquinias, que intentaba, le preguntò con mas admiracion, que fee, quales eran los medios, que tenia, para tan costosa obra? A que respondiò la voz de su confiado aliento: *Esso yo no lo sè; Dios lo sabe*: cuyas palabras pusieron à aquel Principe en vna total seguridad, de que lograria sus fines: sabiendo muy bien, que no era facil, que se malograsen confusos, en quien así esperaba las asistencias de el favor Divino. El efecto fue soberano desempeño desta verdad infalible: pues fueron tales las liberalidades, con que ofrecian limosnas los Ciudadanos; que pudo comprar el sitio suficiente para la fundacion de el Hospital, y seguir la obra con la continuacion, que pudiera, quien tuviesse muchas abundancias. Viòse vencido en este bendito Varon aquel imaginado imposible, de convenir en vno las indigencias de pobre, y las opulencias de rico: pues quando no alcanzaban regulares providencias, se le franqueaba lo necesario por extraordinarios, y portentosos modos.

Aviendo de pagar vn Sabado los Oficiales, que se empleaban en la fabrica, se hallò falta de dinero: porque para la satisfaccion necesitaba de cincuenta pesos; y solo tenia treinta depositados en vna señora, bien-hechora suya.

Saliò cuydadofo à buscar la cantidad por entero: y antes que todo, pasó à tomar los dichos treinta pesos, que tenia en deposito. Estaba la señora con ellos en las manos; y luego que viò à el Venerable Pedro, con aspecto de quejosa le dixo en sentidas voces: *Ya conozco, que el Hermano ha querido hazer experiencia de mi fidelidad: pues me diò cincuenta pesos, que le guardasse, diciendome, que eran solamente treinta*. En la verdad, los que avia dado à guardar el Siervo de Dios eran solos treinta pesos; pero siendo cincuenta, los que necesitaba, para pagar aquel dia sus sirvientes, dispuso el Señor, que los hallasse cabales: haziendo aquella prodigiosa multiplicacion. Conociò el Venerable Pedro este favor Divino: y puesto de rodillas, levantò al Cielo los ojos, llenos de las lagrymas, que le acrecentò su enternecida gratitud, y diò à el Señor las gracias de este tan estupendo beneficio.

De el mismo medio se valiò la Divina providencia en otra ocasion, para favorecerle; aunque en distinta materia. Estaba ya la Enfermeria en punto de coger las aguas; pero no se efectuaba, por faltar para la techumbre algunas vigas, que en aquel País se llaman Calzontes, y son de madera fuerte, y casi incorruptible. Hallandose en este conflicto, y sabiendo, que podia socorrerle vn Capitan, llamado Francisco Gu-

E tierrez,